



La lengua política del hombre libre es la solidaridad

En 1939, en uno de mis primeros ensayos o estudios sobre el nicaragüense, publicado en la revista "Centro" (en años de fanatismo juvenil, todavía con la mente a la Derecha, aunque el corazón contradiciente me sonaba a la izquierda), ya anotaba el "robinsonismo" del nica; es decir, su capacidad de triunfar solo (sobre todo en el extranjero), y su fracaso como ente social (sobre todo en su patria, como ciudadano). Nuestra patria, decía, está poblada de Robinsones, aventureros aislados incapaces de unirse, de asociarse, de hacer obra comunitaria, de realizar en la solidaridad las capacidades y virtudes que demuestra aislado.

Desde entonces ha pasado mucha agua bajo el puente, y la deformación que ha sufrido el nicaragüense, en la escuela y ejemplo de un régimen de dictadura y peculado, ha extremado este defecto de su individualismo. Hemos ido arruinando, una por una, las pocas instituciones en que podía defenderse o desarrollarse nuestro escaso sentido comunitario. La economía y la política —ambas por intereses egoístas o explotadores ahogaron la institución municipal, las comunidades, los gremios y luego los sindicatos y asociaciones. Todo posible fortalecimiento de los organismos colectivos ha sido sistemáticamente mediatizado o socavado por el Poder (económico-político) insaciable centralizador. Ya no es posible que tenga autonomía —para velar por sus fueros e intereses gremiales— ni siquiera una sociedad médica, mucho menos una federación obrera. Toda presión es poca para demoler esos baluartes del hombre-social. La suspicaz y destructora consigna de "divide y vencerás" ha sido aplicada, no a un país extranjero, sino a la propia comunidad nacional, aún a las más leves manifestaciones del sentido de solidaridad. Se ha pulverizado todo brote del "nosotros". El sistema imperante sólo acepta los "yo" dispersos. Los Robinsones. Los hombres aislados, y por lo tanto débiles e indefensos.

Por eso no tenemos patria. Ni patriotismo. La patria comienza cuando el "yo" abandona su aislamiento singular y da el paso hacia la solidaridad plural del "nosotros". En China, mucho antes de Mao, existía este adagio: "Cuando el hombre dice: "yo soy un grano de arroz", los pájaros lo picotean. Cuando el hombre dice: "Nosotros somos arroz", hay una cosecha, y come la comunidad".

La ciudad de Managua, tal como la estamos haciendo, es una demostración de nuestra atrofia comunitaria. No "SOMOS" arroz.

La reconstrucción tiene que comenzar por el espíritu. No se reconstruye la ciudad si no se reconstruye la ciudadanía. El "Robinson" es un valiente "yo". Hasta llegar a la puerta de su casa no hay gente más valiente, íntegra, moral y rebelde. Pero, un paso más allá de la puerta, apenas el "yo" se sale al "nosotros", el "Robinson" es sumiso, aguantador y, con la menor presión, servil. No tendremos comunidad vivible —ni material ni espiritualmente— mientras no comencemos a poner en práctica aquel lema básico del civismo: "Diga en la calle lo que dice en su casa". La palabra es la primera carta del hombre. No tendremos ciudad, mientras la ciudad (es decir, el hombre-en-público, el hombre-nosotros) sea nuestra mentira o nuestra cobardía. Una puerta de madera no puede o no debería poder dividir en dos nuestra personalidad. Sin embargo, la mayor parte de los nicaragüenses sólo somos ciudadanos detrás de la puerta.

¿Cómo extrañarnos entonces que no tengamos POLITICA —es decir, conducta pública?— La única diferencia entre nosotros y los costarricenses, que tienen como nosotros un radical in-

dividualista, es que han sido educados con constancia (y con el ejemplo, no siempre preclaro, de sus gobernantes) a interesarse y a responsabilizarse por la cosa pública. Los ticos no tienen nada más que enseñarnos que esa educación cívica, pero ¿qué resultados han obtenido en el ejercicio de la democracia, en la fiscalización ciudadana de su administración pública y en libertades!

Desde el periodo de los Treinta Años a esta parte, el nicaragüense ha ido entregando gradualmente todas sus prerrogativas y derechos ciudadanos; ha ido retrocediendo ante el avance, no propiamente del Estado, sino del Poder. En Nicaragua el Estado tiene una muy discutible existencia. Aquí "EL ESTADO ES EL" (fórmula antillana-centro-americana del Rey Sol). Y frente a ese poder creciente— hecho por nosotros, aumentado por nosotros (por el "nosotros" robinsonico, concesivo y cobarde) ya poco queda de ese otro término opuesto, de existencia también discutible, que es "el ciudadano".

(Resulta sintomático que el último homenaje a Somoza ya no fue político, sino a-político. El poder quiere abrir la puerta por donde no osa salir el ciudadano: meterse en su último reducto, en la casa del "yo". Quiere que lo que no se dice en la calle, tampoco se diga en la casa).

Así pues, el ciudadano ha sido desplazado tanto de la ciudad como de la política por la misma causa: por su falta de espíritu comunitario. Sin embargo, apenas el nicaragüense se resuelve a abrir la puerta de su egoísta privacidad y "yo-que-pierdo" para actuar como ente social, los resultados son inmediatos. La lección viene de abajo. A través del sindicalismo, o de sus restos, la clase trabajadora ha demostrado —contra vientos y mareas del poder político y económico— que la solidaridad produce el valor cívico y que ante ese valor, de pasividad y resistencia, es impotente el poder. También nuestra juventud, instintivamente —pero con eficacia— ha hablado ese lenguaje de los nuevos tiempos: el lenguaje del "nosotros", la lengua de la solidaridad.

Hasta ahora nuestra política opositora o liberadora —por su tradición robinsonica— ha estado basada en el culto al "héroe", que es, en esencia, la misma cosa que el culto al caudillo y al hombre de armas: culto que favorece, aunque aporte gestos de alto valor humano, el lenguaje del "yo" y no el lenguaje del "nosotros". Hemos concebido la política opositora como un conjunto de actitudes rebeldes, activas y solitarias. Es, en el fondo, una política romántica que demanda heroísmos individuales, pero el heroísmo individual es absolutamente minoritario (los héroes se cuentan con los dedos de la mano); y generalmente sólo sirve para enriquecer el martirologio o para producir fogonazos libertarios sin continuidad en la noche de la opresión. En cambio, nuestra política tradicional de oposición poco o nada ha hecho para promover situaciones, actitudes colectivas y formas de compromiso que vayan creando solidaridades, que vayan cultivando el sentido comunitario que es el vivero o almáximo del valor cívico. El valor cívico no es heroico (en el sentido individualista del héroe) sino comunal. Es el valor natural y a nivel humano que produce la unión. Valor de resistencia y de solidaridad de cuyo ejercicio depende que recuperemos el terreno perdido frente al avance anti-humano y anti-ciudadano del poder.

O nos hundimos en la noche de Haití.